

## **La corriente infernal.**

*Por José Vicente Rubio Delgado*

Corría el año de 1957. Yo era el más pequeño de nueve hermanos, y cuatro de ellos eran hombres y me llevaban varios años. El mayor, que se llamaba Hernando, había leído y estudiado revistas de mecánica popular desde los siete años. Él sabía bastante sobre mecánica y electricidad.

Una de las cosas que se le ocurrió cualquier día, mientras desarmaba un radio inmenso de tubos que producían una chispa interna, fue que nos pegáramos de uno de los botones del encendido para “disfrutar” de los efectos de la corriente eléctrica.

Al escucharlo, también me obsesionaba la corriente eléctrica y me imaginaba una cantidad de electrones, corriendo en fila india y transportando la voz de los locutores de la radio. Esto me había ayudado a superar la idea que tenía alguna gente de que esos señores —casi todos eran hombres— estaban por ahí escondidos detrás del radio o dentro de él; al fin y al cabo el radio era inmenso.

Un día, Hernando me propuso que convenciera a todos mis hermanos de tomarse de las manos, mientras uno agarraba la saliente metálica que quedaba expuesta, al quitarle el botón plástico al encendido del radio.

Yo estaba emocionado y me fui a contárselo a todos, con tal seriedad que los convencí. A las siete de la noche, después de rezar el rosario y antes de la novela radial, “Kadir el árabe” —que escuchábamos todos, observando el radio como si estuviéramos viendo lo que ocurría—, comenzamos lo que para mí sería una de las experiencias más importantes de la niñez.

Hernando terminó de rearmar, con maestría, el radio que había desbaratado en pedacitos. Allí estaba, frente a mí, esa saliente metálica color plateado, brillante, de unos dos centímetros, semiesférica por un lado y plana por el otro, con el fin de que el botón encajara perfectamente y diera vueltas al volumen.

Yo me imaginaba que todos los electrones estaban en fila, listos para salir disparados apenas se encendiera el radio. Lo que no me explicaba era cómo, al no tener

el botón protector que hacía la veces de tapón, si no había algo que los recogiera, los electrones se derramarían sin ningún orden por toda la casa. Como eran tantos —miles de millones, según me había dicho Hernando— llenarían la casa y, después, se irían por las calles inundando el pueblo. Pero él me dio una sabia explicación: los electrones pasarían a través de nuestras manos y nuestro cuerpo, y el último de nosotros, al tocar una de las paredes, los llevaría a tierra y la tierra los absorbería.

Cuando íbamos a comenzar, a mi hermana Alba se le ocurrió una excelente idea: —¡Que el primero de la fila sea José, al fin y al cabo él fue el que nos convenció a todos!

Y, ante mi asombro y preocupación, Hernando, que era para ese entonces la voz del orden, ¡confirmó la sentencia!

Yo quedé estupefacto, pues una cosa era imaginarse la situación y otra muy distinta hacer parte de ella y de manera tan directa.

Me resistí, inventé cuantas disculpas pude, pero nada sirvió para echar atrás esa decisión.

Ante la posibilidad de que se frustrara semejante experimento, que según mi hermano se había hecho pocas veces en la historia, me tocó, con la resignación de cordero llevado al matadero, asumir semejante peligro.

¿Y si el experimento fallaba y mi cuerpo no resistía la descarga? Si había pocas experiencias al respecto, quería decir que la cosa no era segura. Entonces, ¿existía la posibilidad de que yo quedara achicharrado de inmediato, antes de que la descarga pasara a mis hermanos?

Me entraron unas ganas inmensas de gritar: MAMÁAA, MAMÁAA, pero la curiosidad y el afán por la ciencia pudieron más que mi temor. Me planté de primero, con los ojos cerrados, frente al inmenso aparato.

Hernando dijo que como yo iba a estar de primero, él se haría de segundo para respaldarme y, de allí en adelante, estarían en fila el resto de mis hermanos, de mayor a menor.

Me agarré de esa saliente metálica como si fuera lo último que iba a hacer en la vida, encomendándome a Dios y a todos los santos y ofreciendo eso como expiación por todos los pecados veniales. Según el cura, en la preparación de mi primera comunión, eran los únicos que yo a mi corta edad podía cometer. Entonces, comenzó un cosquilleo que todos sentimos con cierto gusto y que nos produjo

risa, pero de pronto sentimos un tirón violento que nos levantaba del piso y nos golpeaba contra él, como si fuéramos un lazo batido por los dos lados.

Cuando todos intentamos soltarnos, comprendimos que era en vano, porque la intensa corriente parecía devorarnos.

Hernando usó toda su fuerza y logró desprenderse de mi mano para desenchufar el aparato. Cuando nos levantamos del piso, al que todos habíamos caído como hormigas, nos dimos cuenta de que el accidente había ocurrido porque a mi hermano Marino se le había ocurrido la gran idea de traer un vaso de agua y meter un dedo dentro él, en el momento en que la corriente estaba pasando a través de nosotros. Hernando estuvo a punto de pegarle, porque, según él, el agua al final de la cadena había incrementado el voltaje en un nivel que se tornaba peligroso, aún para nuestras propias vidas.